



Oscar Wilde

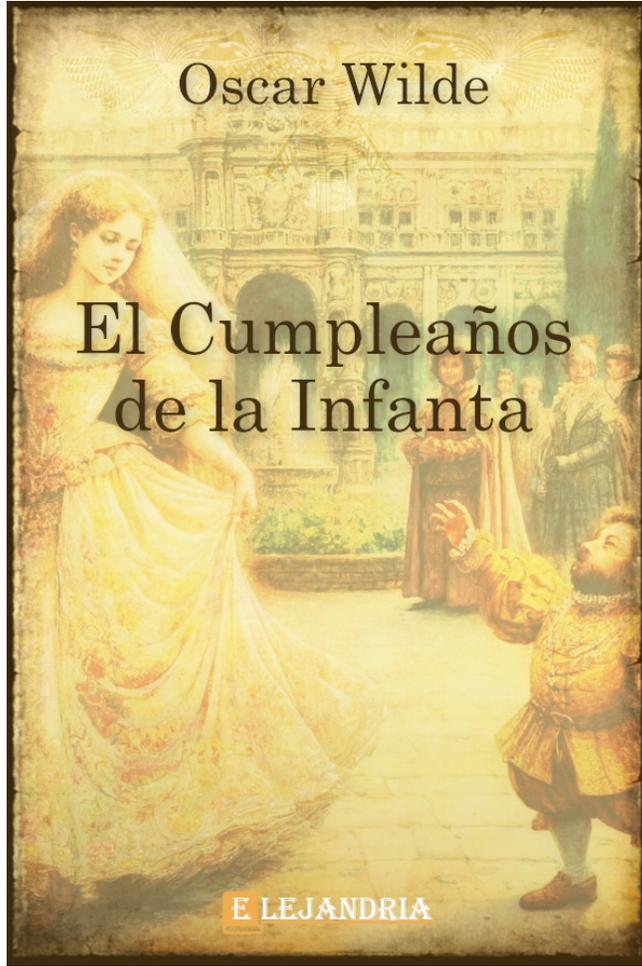
El Cumpleaños de la Infanta

E LEJANDRIA

Oscar Wilde

El Cumpleaños
de la Infanta

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1891

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: HOUSE OF POMEGRANATES, 1891

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

OSCAR WILDE

Era el cumpleaños de la Infanta. Tenía justo doce años de edad, y el sol brillaba con fuerza en los jardines del palacio.

Aunque era una verdadera Princesa y la Infanta de España, solo tenía un cumpleaños cada año, justo como los hijos de la gente muy pobre, así que era naturalmente un asunto de gran importancia para todo el país que ella tuviera un día realmente magnífico para la ocasión. Y un día realmente magnífico fue ciertamente. Los altos tulipanes rayados se mantenían erguidos sobre sus tallos, como largas filas de soldados, y miraban desafiantemente a través del césped a las rosas, diciendo: 'Somos tan espléndidos como ustedes ahora'. Las mariposas moradas revoloteaban con polvo dorado en sus alas, visitando cada flor por turno; los pequeños lagartos salían de las grietas de la pared, y se tumbaban a tomar el sol en el resplandor blanco; y las granadas se partían y crujían con el calor, mostrando sus corazones rojos sangrantes. Incluso los limones pálidos amarillos, que colgaban en tal profusión del enrejado enmohecido y a lo largo de las arcadas tenues, parecían haber capturado un color más rico del maravilloso sol, y los árboles de magnolia abrían sus grandes flores globulares de marfil plegado, llenando el aire con un perfume dulce y pesado.

La pequeña Princesa misma caminaba arriba y abajo por la terraza con sus compañeros, y jugaba al escondite alrededor de las vasijas de piedra y las antiguas estatuas cubiertas de musgo. En días ordinarios solo se le permitía jugar con niños de su propio rango, así que siempre tenía que jugar sola, pero su cumpleaños era una excepción, y el Rey había dado órdenes de que invitara a cualquier amigo joven que ella quisiera para que vinieran a divertirse con ella. Había una elegancia majestuosa en estos delgados niños españoles mientras se deslizaban, los chicos con sus sombreros de grandes plumas y capas cortas ondeantes, las chicas sosteniendo las colas de sus largos vestidos brocados, y protegiéndose el sol de los ojos con enormes abanicos de negro y plata. Pero la Infanta era la más grácil de todos, y la más elegantemente ataviada, tras la moda algo pesada de la época. Su vestido era de satén gris, la falda y las amplias mangas abullonadas estaban pesadamente bordadas con plata, y el corpiño rígido estaba tachonado con filas de finas perlas. Dos pequeños zapatitos con grandes lazos rosados asomaban bajo su vestido mientras caminaba. Rosa y perla era su gran abanico de gasa, y en su cabello, que como un aureola de oro desvanecido sobresalía rígidamente alrededor de su pequeño rostro pálido, tenía una hermosa rosa blanca.

Desde una ventana en el palacio, el triste y melancólico Rey los observaba. Detrás de él estaba su hermano, Don Pedro de Aragón, a quien odiaba, y su confesor, el Gran Inquisidor de Granada, se sentaba a su lado. El Rey estaba más triste de lo habitual, pues al mirar a la Infanta haciendo reverencias con infantil seriedad a los condes que se reunían, o riendo detrás de su abanico a la sombría Duquesa de Albuquerque que siempre la acompañaba, pensaba en la joven Reina, su madre, quien hace poco tiempo —así le parecía— había venido del alegre país de Francia, y se había marchitado en el sombrío esplendor de la corte española, muriendo solo seis meses después del nacimiento de su hija, y antes de haber visto florecer los almendros dos veces en el huerto, o haber recogido el fruto del segundo año del viejo higuera nudosa que estaba en el centro del ahora cubierto de hierba patio. Tan grande había sido su amor por

ella que no había permitido ni siquiera que la tumba la ocultara de él. Había sido embalsamada por un médico morisco, quien a cambio de este servicio había sido concedido su vida, la cual por herejía y sospecha de prácticas mágicas ya había sido, se decía, entregada al Santo Oficio, y su cuerpo todavía yacía sobre su catafalco tapizado en la capilla de mármol negro del Palacio, justo como los monjes la habían llevado ese ventoso día de marzo casi doce años antes. Una vez cada mes, el Rey, envuelto en una capa oscura y con una linterna amortiguada en la mano, entraba y se arrodillaba a su lado llamándola, '¡Mi reina! ¡Mi reina!' y a veces, rompiendo el protocolo formal que en España rige cada acción separada de la vida, y pone límites incluso al dolor de un Rey, agarraba las pálidas manos joyadas en una agonía salvaje de duelo, e intentaba despertar con sus besos desesperados el frío rostro pintado.

Hoy le parecía verla de nuevo, como la había visto por primera vez en el Castillo de Fontainebleau, cuando él tenía solo quince años de edad, y ella aún más joven. Habían sido formalmente comprometidos en esa ocasión por el Nuncio Papal en presencia del Rey de Francia y toda la Corte, y él había regresado al Escorial llevando consigo un pequeño rizo de cabello amarillo, y el recuerdo de dos labios infantiles inclinándose para besar su mano mientras él subía a su carruaje. Más tarde había seguido el matrimonio, apresuradamente realizado en Burgos, un pequeño pueblo en la frontera entre los dos países, y la gran entrada pública en Madrid con la celebración habitual de la misa alta en la Iglesia de La Atocha, y un auto-da-fé más solemne de lo habitual, en el que casi trescientos herejes, entre los cuales había muchos ingleses, habían sido entregados al brazo secular para ser quemados.

Ciertamente, la había amado locamente, y para la ruina, muchos pensaban, de su país, entonces en guerra con Inglaterra por la posesión del imperio del Nuevo Mundo. Apenas había permitido que ella se alejara de su vista; por ella, había olvidado, o parecía haber olvidado, todos los graves asuntos de Estado; y, con esa terrible ceguera que la pasión impone a sus siervos, no logró notar que las elaboradas ceremonias con las que buscaba complacerla solo

agravaban la extraña enfermedad de la que ella padecía. Cuando murió, estuvo, por un tiempo, como privado de razón. De hecho, no hay duda de que habría abdicado formalmente y se habría retirado al gran monasterio Trapense en Granada, del cual ya era Prior titular, si no hubiera temido dejar a la pequeña Infanta a merced de su hermano, cuya crueldad, incluso en España, era notoria, y quien fue sospechado por muchos de haber causado la muerte de la Reina mediante un par de guantes envenenados que le había regalado con motivo de su visita a su castillo en Aragón. Incluso después de la expiración de los tres años de luto público que había ordenado en todos sus dominios por edicto real, nunca permitió que sus ministros hablaran sobre una nueva alianza, y cuando el propio Emperador le envió una propuesta, ofreciéndole la mano de la encantadora Archiduquesa de Bohemia, su sobrina, en matrimonio, ordenó a los embajadores decir a su señor que el Rey de España ya estaba casado con la Tristeza, y que aunque ella fuera una novia estéril, la amaba más que a la Belleza; una respuesta que le costó a su corona las ricas provincias de los Países Bajos, que poco después, por instigación del Emperador, se rebelaron contra él bajo el liderazgo de algunos fanáticos de la Iglesia Reformada.

Toda su vida matrimonial, con sus alegrías de colores fieros y brillantes y el terrible agonía de su abrupto final, parecía volver a él hoy mientras observaba a la Infanta jugando en la terraza. Ella tenía toda la encantadora petulancia de maneras de la Reina, la misma forma voluntariosa de lanzar su cabeza hacia atrás, la misma boca hermosamente curvada y orgullosa, la misma maravillosa sonrisa—vrai sourire de France, de hecho—mientras de vez en cuando miraba hacia la ventana, o estiraba su manita para que los estatuarios caballeros españoles la besaran. Pero la risa aguda de los niños le irritaba los oídos, y el brillante sol implacable se burlaba de su dolor, y un tedioso olor a especias extrañas, especias como las que usan los embalsamadores, parecía contaminar—o era imaginación—el aire claro de la mañana. Enterró su rostro en sus manos, y cuando la Infanta miró hacia arriba de nuevo, las cortinas se habían corrido, y el Rey se había retirado.

Ella hizo un pequeño mohín de decepción y se encogió de hombros. Seguramente él podría haberse quedado con ella en su cumpleaños. ¿Qué importaban los estúpidos asuntos de Estado? ¿O se había ido a esa sombría capilla, donde siempre estaban ardiendo las velas, y donde a ella nunca le permitían entrar? ¡Qué tonto de su parte, cuando el sol brillaba tan intensamente, y todo el mundo estaba tan feliz! Además, se perdería la corrida de toros simulada por la cual ya estaban sonando las trompetas, por no hablar del espectáculo de títeres y las otras cosas maravillosas. Su tío y el Gran Inquisidor eran mucho más sensatos. Habían salido a la terraza y le habían hecho bonitos cumplidos. Así que ella lanzó su bonita cabeza hacia atrás, y tomando a Don Pedro de la mano, caminó lentamente por las escaleras hacia un largo pabellón de seda morada que había sido erigido al final del jardín, los otros niños siguiendo en estricto orden de precedencia, aquellos que tenían los nombres más largos iban primero.

Una procesión de nobles muchachos, fantásticamente vestidos de toreros, salió a su encuentro, y el joven Conde de Tierra-Nueva, un muchacho maravillosamente guapo de unos catorce años de edad, descubriendo su cabeza con toda la gracia de un hidalgo nato y grande de España, la condujo solemnemente a una pequeña silla de marfil y dorada que estaba colocada en un estrado elevado por encima de la arena. Los niños se agruparon alrededor, agitando sus grandes abanicos y susurrándose unos a otros, y Don Pedro y el Gran Inquisidor se quedaron riendo en la entrada. Incluso la Duquesa —la Camarera Mayor, como se le llamaba—, una mujer delgada de rasgos duros con un cuello amarillo, no parecía tan malhumorada como de costumbre, y algo parecido a una sonrisa fría se deslizó por su rostro arrugado y movió sus delgados labios sin sangre.

Ciertamente fue una corrida de toros maravillosa, y mucho más agradable, pensó la Infanta, que la verdadera corrida de toros a la que había sido llevada a ver en Sevilla, con motivo de la visita del Duque de Parma a su padre. Algunos de los muchachos danzaban sobre caballitos de juguete ricamente adornados blandiendo largas

lanzas con alegres cintas de colores brillantes unidas a ellas; otros iban a pie ondeando sus capas escarlatas frente al toro, y saltando ligeramente sobre la barrera cuando este les embestía; y en cuanto al toro mismo, era justo como un toro vivo, aunque solo estaba hecho de mimbre y piel estirada, y a veces insistía en correr alrededor de la arena sobre sus patas traseras, lo cual ningún toro vivo jamás sueña con hacer. Hizo también una espléndida pelea, y los niños se emocionaron tanto que se pusieron de pie sobre los bancos, y agitaban sus pañuelos de encaje y gritaban: ¡Bravo toro! ¡Bravo toro! justo tan sensatamente como si hubieran sido personas adultas. Al final, sin embargo, después de un prolongado combate, durante el cual varios de los caballitos de juguete fueron corneados de lado a lado, y sus jinetes desmontados, el joven Conde de Tierra-Nueva llevó al toro a sus rodillas, y habiendo obtenido permiso de la Infanta para dar el golpe de gracia, clavó su espada de madera en el cuello del animal con tal violencia que la cabeza se desprendió, y reveló la cara sonriente del pequeño Monsieur de Lorraine, el hijo del Embajador Francés en Madrid.

La arena fue entonces despejada entre muchos aplausos, y los caballitos de juguete muertos fueron arrastrados solemnemente por dos pajes moros en libreas amarillas y negras, y tras un breve interludio, durante el cual un maestro de posturas francés actuó en la cuerda floja, algunos títeres italianos aparecieron en la tragedia semi-clásica de Sofonisba en el escenario de un pequeño teatro que había sido construido para ello. Actuaron tan bien, y sus gestos fueron tan extremadamente naturales, que al final de la obra los ojos de la Infanta estaban bastante empañados de lágrimas. De hecho, algunos de los niños realmente lloraron, y tuvieron que ser consolados con dulces, y el mismo Gran Inquisidor estaba tan afectado que no pudo evitar decirle a Don Pedro que le parecía intolerable que cosas hechas simplemente de madera y cera coloreada, y manejadas mecánicamente por cables, pudieran ser tan infelices y enfrentar desgracias tan terribles.

Un malabarista africano siguió, quien trajo una gran cesta plana cubierta con un paño rojo, y habiéndola colocado en el centro de la

arena, sacó de su turbante una curiosa flauta de caña, y sopló a través de ella. En unos momentos el paño comenzó a moverse, y a medida que la flauta se volvía más aguda, dos serpientes verdes y doradas sacaron sus extrañas cabezas en forma de cuña y se levantaron lentamente, balanceándose de un lado a otro con la música como una planta se balancea en el agua. Los niños, sin embargo, estaban bastante asustados por sus capuchas moteadas y lenguas rápidas y movedizas, y estuvieron mucho más complacidos cuando el malabarista hizo crecer un pequeño naranjo del arenal que dio bonitas flores blancas y racimos de fruta real; y cuando tomó el abanico de la pequeña hija del Marqués de Las-Torres, y lo transformó en un pájaro azul que voló alrededor del pabellón y cantó, su deleite y asombro no conocieron límites. El solemne minué, también, realizado por los niños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora Del Pilar, fue encantador. La Infanta nunca antes había visto esta maravillosa ceremonia que tiene lugar cada año en mayo frente al altar mayor de la Virgen, y en su honor; y de hecho ninguno de la familia real de España había entrado en la gran catedral de Zaragoza desde que un sacerdote loco, supuesto por muchos haber estado al servicio de Isabel de Inglaterra, intentó administrar una oblea envenenada al Príncipe de Asturias. Así que solo había conocido por referencias el 'Baile de Nuestra Señora', como se llamaba, y ciertamente era una vista hermosa. Los chicos vestían antiguos trajes de corte de terciopelo blanco, y sus curiosos sombreros de tres picos estaban adornados con flecos de plata y coronados con enormes plumas de avestruz, el deslumbrante blancor de sus trajes, mientras se movían bajo el sol, siendo aún más acentuado por sus rostros morenos y largos cabellos negros. Todos quedaron fascinados por la grave dignidad con la que se movían a través de las intrincadas figuras de la danza, y por la elaborada gracia de sus lentos gestos, y reverencias majestuosas, y cuando habían terminado su actuación y se quitaron sus grandes sombreros emplumados ante la Infanta, ella reconoció su reverencia con mucha cortesía, y hizo una promesa de que enviaría una gran vela de cera al santuario de Nuestra Señora del Pilar en agradecimiento por el placer que le había proporcionado.

Una tropa de guapos egipcios —como se llamaba a los gitanos en aquellos tiempos— avanzó entonces a la arena, y sentándose con las piernas cruzadas, en círculo, comenzaron a tocar suavemente sus cítaras, moviendo sus cuerpos al compás de la música, y tarareando, casi sin aliento, una melodía baja y soñadora. Cuando avistaron a Don Pedro fruncieron el ceño hacia él, y algunos de ellos parecían aterrorizados, pues solo unas semanas antes había mandado ahorcar a dos de su tribu por brujería en la plaza del mercado en Sevilla, pero la bonita Infanta los encantó mientras se inclinaba hacia atrás asomándose sobre su abanico con sus grandes ojos azules, y ellos se sintieron seguros de que alguien tan encantadora como ella nunca podría ser cruel con nadie. Así que tocaron muy suavemente, tocando apenas las cuerdas de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas, y sus cabezas comenzaron a inclinarse como si se estuvieran quedando dormidos. De repente, con un grito tan agudo que todos los niños se sobresaltaron y la mano de Don Pedro se agarró al pomo de ágata de su daga, saltaron a sus pies y giraron locamente alrededor del recinto golpeando sus panderetas, y cantando una extraña canción de amor en su extraño idioma gutural. Luego, a otra señal, todos se lanzaron de nuevo al suelo y yacieron allí completamente quietos, siendo el monótono rasgueo de las cítaras el único sonido que rompía el silencio. Después de haber hecho esto varias veces, desaparecieron por un momento y regresaron llevando a un oso marrón lanudo con una cadena, y cargando en sus hombros algunos pequeños monos de Berbería. El oso se paró de cabeza con la mayor gravedad, y los monos arrugados realizaron todo tipo de trucos divertidos con dos muchachos gitanos que parecían ser sus maestros, y lucharon con pequeñas espadas, y dispararon armas de fuego, y realizaron un ejercicio de soldado regular justo como la propia guardia del Rey. De hecho, los gitanos tuvieron un gran éxito.

Pero la parte más divertida de todo el entretenimiento de la mañana fue, sin duda, el baile del pequeño Enano. Cuando tropezó en la arena, avanzando con sus piernas torcidas y balanceando su enorme cabeza deforme de un lado a otro, los niños estallaron en

una fuerte exclamación de deleite, y la propia Infanta se rió tanto que la Camarera se vio obligada a recordarle que, aunque había muchos precedentes en España de una hija del Rey llorando ante sus iguales, no los había de una Princesa de sangre real divirtiéndose tanto ante aquellos que eran inferiores a ella por nacimiento. El Enano, sin embargo, era realmente irresistible, e incluso en la Corte Española, siempre conocida por su cultivada pasión por lo horrible, nunca se había visto un monstruito tan fantástico. También era su primera aparición. Había sido descubierto solo el día anterior, corriendo salvaje por el bosque, por dos de los nobles que habían estado cazando en una parte remota del gran bosque de alcornoques que rodeaba la ciudad, y había sido llevado por ellos al Palacio como una sorpresa para la Infanta; su padre, que era un pobre carbonero, estaba más que contento de deshacerse de un niño tan feo e inútil. Quizás lo más divertido de él era su completa inconsciencia de su propia apariencia grotesca. De hecho, parecía bastante feliz y lleno del mayor de los espíritus. Cuando los niños reían, él reía tan libre y alegremente como cualquiera de ellos, y al final de cada baile les hacía a cada uno la reverencia más graciosa, sonriendo y asintiendo con la cabeza a ellos justo como si realmente fuera uno de ellos, y no una pequeña cosa deformada que la Naturaleza, en algún estado de ánimo humorístico, había creado para que otros se burlaran. En cuanto a la Infanta, ella lo fascinó absolutamente. No podía quitarle los ojos de encima y parecía bailar solo para ella, y al final de la actuación, recordando cómo había visto a las grandes damas de la Corte lanzar ramos a Caffarelli, el famoso contratenor italiano, a quien el Papa había enviado desde su propia capilla a Madrid para que pudiera curar la melancolía del Rey con la dulzura de su voz, ella sacó de su cabello la hermosa rosa blanca, y en parte por broma y en parte para fastidiar a la Camarera, se la lanzó a él a través de la arena con su sonrisa más dulce, él tomó el asunto completamente en serio, y presionando la flor contra sus ásperos y gruesos labios puso su mano sobre su corazón, y se hincó sobre una rodilla ante ella, sonriendo de oreja a oreja, y con sus pequeños ojos brillantes chispeando de placer.

Esto alteró tanto la seriedad de la Infanta que siguió riendo mucho después de que el pequeño Enano hubiera salido de la arena, y expresó a su tío el deseo de que el baile se repitiera inmediatamente. La Camarera, sin embargo, con el pretexto de que el sol estaba demasiado caliente, decidió que sería mejor que su Alteza regresara sin demora al Palacio, donde ya se había preparado un maravilloso festín para ella, incluyendo un verdadero pastel de cumpleaños con sus propias iniciales trabajadas por todo él en azúcar pintada y una hermosa bandera de plata ondeando desde la cima. La Infanta, en consecuencia, se levantó con mucha dignidad, y habiendo dado órdenes de que el pequeño enano bailara nuevamente para ella después de la hora de la siesta, y transmitido su agradecimiento al joven Conde de Tierra-Nueva por su encantadora recepción, volvió a sus apartamentos, seguida por los niños en el mismo orden en que habían entrado.

Ahora, cuando el pequeño Enano escuchó que iba a bailar una segunda vez ante la Infanta, y por su propio expreso mandato, estaba tan orgulloso que corrió al jardín, besando la rosa blanca en un absurdo éxtasis de placer, y haciendo los gestos de alegría más torpes y desmañados.

Las Flores estaban bastante indignadas de que se atreviera a irrumpir en su hermoso hogar, y cuando lo vieron brincando arriba y abajo por los senderos, y agitando sus brazos sobre su cabeza de manera tan ridícula, no pudieron contener sus sentimientos por más tiempo.

'Es realmente demasiado feo como para permitirle jugar en cualquier lugar donde nosotras estemos,' gritaron los Tulipanes.

'Debería beber jugo de amapola y dormirse por mil años,' dijeron los grandes Lirios escarlatas, y se pusieron bastante calientes y enojados.

'¡Es un horror perfecto!' gritó el Cactus. 'Por qué, está torcido y es rechoncho, y su cabeza está completamente fuera de proporción con

sus piernas. Realmente me hace sentirme espinosa por completo, y si se acerca a mí lo picaré con mis espinas.'

'Y realmente tiene una de mis mejores flores,' exclamó el Árbol de Rosa Blanca. 'Se la di a la Infanta esta mañana yo misma, como un regalo de cumpleaños, y él la ha robado de ella.' Y llamó: '¡Ladrón, ladrón, ladrón!' en la cima de su voz.

Incluso los Geranios rojos, quienes no solían darse aires, y se sabía que tenían muchas relaciones pobres ellos mismos, se enrollaron en disgusto cuando lo vieron, y cuando las Violetas humildemente remarcaron que aunque ciertamente era extremadamente feo, todavía no podía evitarlo, ellas respondieron con bastante justicia que ese era su principal defecto, y que no había razón para admirar a una persona porque era incurable; y, de hecho, algunas de las Violetas mismas sintieron que la fealdad del pequeño Enano era casi ostentosa, y que hubiera mostrado mucho mejor gusto si hubiera lucido triste, o al menos pensativo, en lugar de saltar alegremente, y lanzarse a sí mismo en actitudes tan grotescas y tontas.

En cuanto al viejo Reloj de Sol, quien era un individuo extremadamente notable, y que una vez había dado la hora del día a nada menos que al Emperador Carlos V. en persona, quedó tan sorprendido por la apariencia del pequeño Enano, que casi olvidó marcar dos minutos enteros con su largo dedo sombrío, y no pudo evitar decirle al gran Pavo Real blanco como la leche, que se estaba asoleando en la balaustrada, que todo el mundo sabía que los hijos de los Reyes eran Reyes, y que los hijos de los carboneros eran carboneros, y que era absurdo pretender que no fuera así; una afirmación con la que el Pavo Real estuvo completamente de acuerdo, e incluso gritó, "Ciertamente, ciertamente", con una voz tan alta y áspera, que los peces dorados que vivían en la cuenca de la fresca fuente burbujeante sacaron sus cabezas del agua, y preguntaron a los enormes Tritones de piedra qué diablos pasaba.

Pero de alguna manera a las Aves les gustaba. Lo habían visto a menudo en el bosque, bailando como un elfo tras las hojas que

giraban en el aire, o acurrucado en el hueco de algún viejo roble, compartiendo sus nueces con las ardillas. No les importaba en lo más mínimo que fuera feo. Por qué, incluso el ruiseñor, que cantaba tan dulcemente en los naranjales por la noche que a veces la Luna se inclinaba para escuchar, después de todo no era mucho para mirar; y, además, había sido amable con ellos, y durante aquel invierno terriblemente amargo, cuando no había bayas en los árboles, y el suelo estaba duro como hierro, y los lobos habían bajado hasta las mismas puertas de la ciudad en busca de comida, nunca los había olvidado, sino que siempre les había dado migajas de su pequeño mendrugo de pan negro, y compartido con ellos lo poco que tenía para desayunar.

Así que volaron alrededor de él, rozando apenas su mejilla con sus alas al pasar, y charlaron entre ellos, y el pequeño Enano estaba tan complacido que no pudo evitar mostrarles la hermosa rosa blanca, y contarles que la propia Infanta se la había dado porque lo amaba.

No entendieron ni una sola palabra de lo que decía, pero eso no importaba, pues inclinaron sus cabezas a un lado, y miraron sabiamente, lo cual es tan bueno como entender algo, y mucho más fácil.

Las Lagartijas también tomaron un inmenso cariño por él, y cuando se cansó de correr de un lado para otro y se tiró en el césped para descansar, jugaron y brincaron sobre él, e intentaron entretenerlo de la mejor manera que pudieron. "No todos pueden ser tan hermosos como una lagartija," gritaron; "eso sería demasiado esperar. Y, aunque suene absurdo decirlo, realmente no es tan feo después de todo, siempre que, por supuesto, uno cierre los ojos y no lo mire." Las Lagartijas eran por naturaleza extremadamente filosóficas, y a menudo se sentaban a pensar durante horas y horas juntas, cuando no había nada más que hacer, o cuando el clima estaba demasiado lluvioso para que pudieran salir.

Sin embargo, las Flores estaban excesivamente molestas por su comportamiento, y por el comportamiento de los pájaros. "Solo muestra," dijeron, "qué efecto vulgarizador tiene este constante

correr y volar. La gente bien educada siempre permanece exactamente en el mismo lugar, como nosotros. Nadie nunca nos vio saltando arriba y abajo por los senderos, o galopando locamente por el césped tras las libélulas. Cuando queremos cambio de aire, llamamos al jardinero, y él nos lleva a otra cama. Esto es digno, y como debería ser. Pero los pájaros y las lagartijas no tienen sentido de reposo, y de hecho los pájaros ni siquiera tienen una dirección permanente. Son meros vagabundos como los gitanos, y deberían ser tratados de exactamente la misma manera." Así que levantaron sus narices al aire, y se veían muy altivos, y estuvieron bastante encantados cuando después de algún tiempo vieron al pequeño Enano levantarse del césped, y hacer su camino a través de la terraza hacia el palacio.

"Ciertamente debería ser mantenido en el interior por el resto de su vida natural," dijeron. "Mira su espalda encorvada, y sus piernas torcidas," y comenzaron a reír entre dientes.

Pero el pequeño Enano no sabía nada de todo esto. Le gustaban inmensamente los pájaros y los lagartos, y pensaba que las flores eran las cosas más maravillosas del mundo entero, excepto, por supuesto, la Infanta, pero entonces ella le había dado la hermosa rosa blanca, y lo amaba, y eso hacía una gran diferencia. ¡Cómo deseaba haber vuelto con ella! Ella lo habría colocado en su mano derecha, y le habría sonreído, y él nunca habría dejado su lado, sino que la habría hecho su compañera de juegos, y le habría enseñado todo tipo de trucos encantadores. Aunque nunca había estado en un palacio antes, conocía muchas cosas maravillosas. Podía hacer pequeñas jaulas de juncos para que cantaran los saltamontes, y moldear el bambú largo y articulado en la flauta que Pan ama escuchar. Conocía el canto de cada pájaro, y podía llamar a los estorninos desde la copa de los árboles, o la garza desde el lago. Sabía el rastro de cada animal, y podía seguir al conejo por sus delicadas huellas, y al jabalí por las hojas pisoteadas. Conocía todas las danzas salvajes, la danza loca en vestimenta roja con el otoño, la danza ligera en sandalias azules sobre el maíz, la danza con guirnaldas de nieve blanca en invierno, y la danza de las flores a

través de los huertos en primavera. Sabía dónde las palomas torcaces construían sus nidos, y una vez, cuando un cazador había atrapado a los pájaros padres, él había criado a los jóvenes él mismo, y había construido un pequeño palomar para ellos en la hendidura de un olmo. Eran bastante dóciles, y solían alimentarse de su mano todas las mañanas. A ella le gustarían, y los conejos que corrían por el largo helecho, y los arrendajos con sus plumas de acero y picos negros, y los erizos que podían enrollarse en bolas espinosas, y las grandes sabias tortugas que se arrastraban lentamente, sacudiendo sus cabezas y mordisqueando las hojas jóvenes. Sí, ella debía venir ciertamente al bosque a jugar con él. Le daría su propia pequeña cama, y vigilaría fuera de la ventana hasta el amanecer, para ver que el ganado salvaje con cuernos no la lastimara, ni los lobos flacos se acercaran demasiado a la cabaña. Y al amanecer, golpearía las contraventanas para despertarla, y saldrían a bailar juntos todo el día. Realmente no era nada solitario en el bosque. A veces, un Obispo cabalgaba a través del bosque en su mula blanca, leyendo de un libro pintado. En ocasiones, con sus gorras de terciopelo verde y sus jubones de piel de ciervo curtidura, pasaban los cetreros, con halcones encapuchados en sus muñecas. En época de vendimia llegaban los pisadores de uvas, con manos y pies morados, coronados con hiedra brillante y cargando pieles goteantes de vino; y los carboneros se sentaban alrededor de sus grandes braseros por la noche, observando los troncos secos carbonizarse lentamente en el fuego, y asando castañas en las cenizas, y los ladrones salían de sus cuevas y se alegraban con ellos. Una vez, también, había visto una hermosa procesión serpenteando por el largo camino polvoriento hacia Toledo. Los monjes iban al frente cantando dulcemente, y llevando brillantes banderas y cruces de oro, y luego, en armaduras de plata, con arcabuces y picas, venían los soldados, y en su medio caminaban tres hombres descalzos, en extraños vestidos amarillos pintados por completo con figuras maravillosas, y llevando velas encendidas en sus manos. Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando ella estuviera cansada, él encontraría para ella un suave banco de musgo, o la llevaría en sus brazos, pues era muy fuerte, aunque

sabía que no era alto. Le haría un collar de bayas de bryonia roja, que sería tan bonito como las bayas blancas que ella llevaba en su vestido, y cuando se cansara de ellas, podría tirarlas, y él le encontraría otras. Le traería copas de bellotas y anémonas empapadas en rocío, y pequeñas luciérnagas para ser estrellas en el oro pálido de su cabello.

Pero, ¿dónde estaba ella? Le preguntó a la rosa blanca, y no le dio respuesta. Todo el palacio parecía dormido, e incluso donde las contraventanas no habían sido cerradas, se habían corrido pesadas cortinas a través de las ventanas para mantener fuera el resplandor. Vagó por todas partes buscando algún lugar por el cual pudiera ganar entrada, y al final avistó una pequeña puerta privada que estaba abierta. Se deslizó por ella y se encontró en un espléndido salón, mucho más espléndido, temía, que el bosque, había mucho más dorado por todas partes, e incluso el suelo estaba hecho de grandes piedras de colores, encajadas en una especie de patrón geométrico. Pero la pequeña Infanta no estaba allí, solo algunas maravillosas estatuas blancas que lo miraban desde sus pedestales de jaspe, con ojos tristes y vacíos y labios extrañamente sonrientes.

Al final del salón colgaba una rica cortina bordada de terciopelo negro, espolvoreada con soles y estrellas, los dispositivos favoritos del Rey, y bordada en el color que más amaba. ¿Quizás ella se escondía detrás de eso? Lo intentaría de todos modos.

Así que se desplazó silenciosamente y la apartó. No; solo había otra habitación, aunque una habitación más bonita, pensó, que la que acababa de dejar. Las paredes estaban cubiertas con un tapiz de arras verde de muchas figuras, representando una cacería, obra de algunos artistas flamencos que habían pasado más de siete años en su composición. Antes había sido la cámara de Jean le Fou, como se le llamaba, aquel rey loco que estaba tan enamorado de la caza, que a menudo había intentado en su delirio montar los enormes caballos encabritados, y arrastrar al ciervo sobre el que los grandes sabuesos estaban saltando, sonando su cuerno de caza, y apuñalando con su daga al pálido ciervo en fuga. Ahora se usaba como la sala del

consejo, y en la mesa central yacían los portafolios rojos de los ministros, sellados con los tulipanes dorados de España, y con las armas y emblemas de la casa de Habsburgo.

El pequeño Enano miró con asombro a su alrededor, y tenía medio miedo de continuar. Los extraños jinetes silenciosos que galopaban tan rápidamente a través de los largos claros sin hacer ruido, le parecían como esos terribles fantasmas de los cuales había oído hablar a los carboneros: los Comprachicos, que cazan solo de noche, y si se encuentran con un hombre, lo convierten en ciervo y lo persiguen. Pero pensó en la bonita Infanta y tomó valor. Quería encontrarla sola y decirle que él también la amaba. Quizás ella estuviera en la habitación de más allá.

Corrió a través de las suaves alfombras moriscas y abrió la puerta. ¡No! Ella tampoco estaba aquí. La habitación estaba completamente vacía.

Era una sala del trono, utilizada para la recepción de embajadores extranjeros, cuando el Rey, lo que últimamente no había sido frecuente, accedía a darles audiencia personal; la misma sala en la que, muchos años antes, enviados habían aparecido de Inglaterra para hacer arreglos para el matrimonio de su Reina, entonces una de las soberanas católicas de Europa, con el hijo mayor del Emperador. Los tapices eran de cuero de Córdoba dorado, y un pesado candelabro dorado con ramas para trescientas luces de cera colgaba del techo blanco y negro. Debajo de un gran dosel de tela de oro, en el que los leones y torres de Castilla estaban bordados con perlas de semilla, se encontraba el trono mismo, cubierto con un rico palio de terciopelo negro tachonado con tulipanes de plata y elaboradamente adornado con flecos de plata y perlas. En el segundo escalón del trono estaba colocado el taburete de arrodillarse de la Infanta, con su cojín de tela de plata, y debajo de eso nuevamente, y más allá del límite del dosel, estaba la silla para el Nuncio Papal, quien solo tenía el derecho de estar sentado en presencia del Rey en ocasión de cualquier ceremonial público, y cuyo sombrero de Cardenal, con sus enredadas borlas escarlatas, yacía

sobre un taburete púrpura al frente. En la pared, frente al trono, colgaba un retrato a tamaño natural de Carlos V en traje de caza, con un gran mastín a su lado, y una imagen de Felipe II recibiendo el homenaje de los Países Bajos ocupaba el centro de la otra pared. Entre las ventanas se encontraba un gabinete negro de ébano, incrustado con placas de marfil, en las que se habían grabado las figuras de la Danza de la Muerte de Holbein, por la mano, decían algunos, del famoso maestro mismo.

Pero al pequeño Enano no le importaba nada toda esta magnificencia. No habría dado su rosa por todas las perlas del dosel, ni un solo pétalo blanco de su rosa por el trono mismo. Lo que quería era ver a la Infanta antes de que bajara al pabellón, y pedirle que se fuera con él cuando hubiera terminado su baile. Aquí, en el Palacio, el aire era cerrado y pesado, pero en el bosque el viento soplaba libre, y la luz del sol con manos errantes de oro movía las hojas temblorosas a un lado. También había flores en el bosque, no tan espléndidas, quizás, como las flores en el jardín, pero más dulcemente perfumadas por todo eso; jacintos a principios de primavera que inundaban con púrpura ondulante las frescas hondonadas y colinas cubiertas de hierba; primaveras amarillas que se anidaban en pequeños grupos alrededor de las raíces nudosas de los robles; celidonia brillante, verónica azul, e iris lila y oro. Había amentos grises en los avellanos, y las digitales se inclinaban bajo el peso de sus celdas moteadas frecuentadas por abejas. El castaño tenía sus espigas de estrellas blancas, y el espino sus pálidas lunas de belleza. Sí: seguramente vendría si él pudiera encontrarla. Ella vendría con él al justo bosque, y todo el día bailarían para su deleite. Una sonrisa iluminó sus ojos al pensarlo, y pasó a la siguiente habitación.

De todas las habitaciones, esta era la más luminosa y la más hermosa. Las paredes estaban cubiertas con un damasco de Lucca de flores rosas, estampado con pájaros y salpicado de delicadas flores de plata; los muebles eran de plata maciza, adornados con guirnaldas floridas y Cupidos balanceantes; frente a las dos grandes chimeneas se erguían grandes pantallas bordadas con loros y pavos

reales, y el suelo, que era de ónix verde mar, parecía extenderse lejos hacia la distancia. No estaba solo. De pie bajo la sombra de la puerta, en el extremo más lejano de la habitación, vio una pequeña figura observándolo. Su corazón tembló, un grito de alegría brotó de sus labios, y se movió hacia la luz del sol. Al hacerlo, la figura también se movió, y la vio claramente.

¡La Infanta! Era un monstruo, el monstruo más grotesco que jamás había contemplado. No estaba bien formado, como todas las demás personas, sino jorobado y con extremidades torcidas, con una enorme cabeza ladeada y una melena de cabello negro. El pequeño Enano frunció el ceño, y el monstruo también lo hizo. Él rió, y este rió con él, y se llevó las manos a los costados, justo como él mismo estaba haciendo. Le hizo una reverencia burlona, y este le devolvió una reverencia baja. Se acercó a él, y este vino a su encuentro, copiando cada paso que hacía, y deteniéndose cuando él mismo se detenía. Gritó de diversión, y corrió hacia adelante, y extendió su mano, y la mano del monstruo tocó la suya, y era tan fría como el hielo. Se asustó, y movió su mano hacia un lado, y la mano del monstruo la siguió rápidamente. Intentó avanzar, pero algo suave y duro lo detuvo. La cara del monstruo estaba ahora cerca de la suya, y parecía llena de terror. Se apartó el cabello de los ojos. Este lo imitó. Le golpeó, y este devolvió golpe por golpe. Lo aborrecía, y este le hacía caras horribles. Retrocedió, y este se retiró.

¿Qué es? Pensó por un momento, y miró alrededor del resto de la habitación. Era extraño, pero todo parecía tener su doble en esta pared invisible de agua clara. Sí, imagen por imagen se repetía, y sofá por sofá. El Fauno dormido que yacía en la alcoba junto a la puerta tenía su hermano gemelo que dormitaba, y la Venus de plata que estaba en la luz del sol extendía sus brazos a una Venus tan encantadora como ella misma.

¿Era Eco? Una vez la había llamado en el valle, y ella le había respondido palabra por palabra. ¿Podría burlarse del ojo, así como se burlaba de la voz? ¿Podría crear un mundo de imitación justo

como el mundo real? ¿Podrían las sombras de las cosas tener color, vida y movimiento? ¿Podría ser que--?

Él se sobresaltó, y tomando de su pecho la hermosa rosa blanca, se giró y la besó. El monstruo tenía su propia rosa, ipétalo por pétalo igual! La besó con besos similares y la presionó contra su corazón con gestos horribles.

Cuando la verdad se le reveló, dio un grito salvaje de desesperación y cayó sollozando al suelo. Así que era él quien estaba deformado y jorobado, repugnante a la vista y grotesco. Él mismo era el monstruo, y era de él de quien todos los niños se habían estado riendo, y la pequeña Princesa a quien él había pensado que amaba, también había estado simplemente burlándose de su fealdad y riéndose de sus miembros torcidos. ¿Por qué no lo habían dejado en el bosque, donde no había espejo que le dijera lo repulsivo que era? ¿Por qué su padre no lo había matado, en lugar de venderlo para su vergüenza? Las lágrimas calientes corrían por sus mejillas, y rompió la rosa blanca en pedazos. El monstruo esparcido hizo lo mismo y esparció los pétalos tenues en el aire. Se arrastró por el suelo, y cuando él lo miró, lo observó con una cara dibujada por el dolor. Se arrastró lejos, para no verlo, y se cubrió los ojos con las manos. Se arrastró, como alguna criatura herida, hacia la sombra, y yacía allí gimiendo.

Y en ese momento la Infanta misma entró con sus compañeras por la ventana abierta, y cuando vieron al feo enanito yaciendo en el suelo y golpeando el piso con sus manos apretadas, de la manera más fantástica y exagerada, rompieron en gritos de risa feliz, y se pararon alrededor de él para observarlo.

"Su baile fue divertido", dijo la Infanta; "pero su actuación es aún más divertida. De hecho, es casi tan bueno como los títeres, solo que por supuesto no tan natural". Y ella agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el pequeño Enano nunca levantó la vista, y sus sollozos se volvieron más débiles y débiles, y de repente dio un extraño jadeo y

se agarró el costado. Y luego cayó de nuevo y yacía completamente inmóvil.

"Eso es excelente", dijo la Infanta, después de una pausa; "pero ahora debes bailar para mí".

"Sí", gritaron todos los niños, "debes levantarte y bailar, porque eres tan ingenioso como los monos de Berbería, y mucho más ridículo". Pero el pequeño Enano no dio ninguna respuesta.

Y la Infanta golpeó el suelo con su pie y llamó a su tío, que caminaba por la terraza con el Camarero, leyendo algunos despachos que acababan de llegar de México, donde recientemente se había establecido el Santo Oficio. "Mi gracioso pequeño enano está enfurruñado", gritó, "debes despertarlo y decirle que baile para mí".

Ellos se sonrieron el uno al otro y entraron paseando, y Don Pedro se inclinó y abofeteó al Enano en la mejilla con su guante bordado. "Debes bailar", dijo, "petit monstre. Debes bailar. La Infanta de España y las Indias desea ser entretenida".

Pero el pequeño Enano nunca se movió.

"Se debería llamar a un maestro de azotes", dijo Don Pedro con cansancio, y volvió a la terraza. Pero el Camarero miró grave, y se arrodilló junto al pequeño enano, y puso su mano sobre su corazón. Y después de unos momentos, se encogió de hombros, y se levantó, y habiendo hecho una reverencia baja a la Infanta, dijo:

"Mi bella Princesa, su gracioso pequeño enano nunca bailará de nuevo. Es una lástima, pues es tan feo que podría haber hecho sonreír al Rey."

"¿Pero por qué no bailará de nuevo?" preguntó la Infanta, riendo.

"Porque su corazón está roto", respondió el Camarero.

Y la Infanta frunció el ceño, y sus delicados labios de pétalo de rosa se curvaron en un desdén bonito. "Para el futuro, que aquellos

que vengan a jugar conmigo no tengan corazones", gritó, y corrió hacia el jardín.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El cumpleaños de la infanta - Oscar Wilde](#)
2. [El cumpleaños de la infanta](#)
3. [Oscar Wilde](#)